
EL PADRE VALERA PRIMER HISTORIADOR PERUANO



SUS PLAGIARIOS Y EL HALLAZGO DE SUS TRES OBRAS

I

EL PADRE BLAS VALERA

No es mi intento ofrecer á los lectores de la *Revista Histórica* un estudio biográfico acerca del primer mestizo peruano que trató de transmitir á la posteridad la historia de sus antepasados. Mi propósito se limita á agrupar primero los datos más exactos que quedan acerca de la vida de Blas Valera, como mero preámbulo á lo que después diré sobre sus escritos inéditos y los que los han plagiado.

Escasísimas son las noticias que se tienen acerca del más antiguo y respetable de los historiadores peruanos de los Incas. Parece increíble que habiendo pertenecido á la Compañía de Jesús, tan celosa de sus glorias, y siendo él tan benemérito por sus escritos, no le mencionen sino incidentalmente los cronistas de la Orden Oliva y Barrasa. Es imperdonable, sobre todo, que el primero, autor de los *Varones ilustres de la Compañía de Jesús en el Perú*, cuyo manuscrito autógrafo y completo poseímos (1) y estudiamos hace treinta años, donde consagra extensas biografías á personajes secundarios, sólo se limite en la introducción á citarlo con encomio y á reproducir dos pasajes de una de sus obras. Lo mismo hace el segundo, el Padre Barrasa, en la *Historia de la Provincia del Perú*, en que apenas habla de él refiriéndose solo á la parte que tomó en la obra de los Catecismos del Concilio de Lima y su traducción en las lenguas quechua y aimará.

Lo poco que sabemos acerca de Valera es lo que de él dice Garcilaso, quien *pudo y debió decir mucho más*, reproducido por el General Mendiburu en su *Diccionario histórico*, y principalmente el artículo que le dedica Torres Saldamando en sus *Antiguos Jesuítas del Perú* (Lima. 1882-85, pag. 20 á 23) y que no es sino una biografía incompleta, escrita á vuela-pluma.

Mucho conocí al autor y mucho contribuí á la preparación é impresión de su obra, y aún de sus obras puedo decir, pues también le dí en mi edición de la *Historia de Lima* de Cobo, cuyas pruebas corrigió, la clave para descifrar los libros del Cabildo. Esto no obstante, y á pesar de sus pomposas promesas, hasta la víspera de mi viaje, no merecí ni recibir el obsequio de un ejemplar de su libro, que no existiendo aquí en la Biblioteca Nacional, he conseguido comprar á un precio elevado, después de comenzado este artículo.

Era Torres hombre de poca cultura, pero de gran facundia, y de tan prodigiosa memoria como Menéndez y Pelayo, improvisándose historiador de la noche á la mañana en sus artículos en la *Revista Peruana*. Por eso mismo sus escritos, aunque repletos de muy curiosos datos históricos y bibliográficos, adolecen de inexactitudes y defectos de todo género, porque leía á escape y redactaba á galope, confiado en su memoria, lo que acababa de leer en un archívo ó en casa de un amigo. Yo que lo conocí á fondo, me explico sólo así los deslices de su interesante libro, y especialmente en el estudio acerca de Valera, que debía ser muy esmerado, y tan extenso como el de Acosta que le precede.

Los datos que dá Torres Saldamando en su libro acerca del P. Valera, muchos son erróneos, por más que parezca haberlos tomado del archívo de los jesuítas (hoy Nacional), por cuanto están en oposición con lo que el mismo P. Valera declara en su obra citada por Garcilaso, donde textualmente dice al hablar de la embajada que mandaron los conquistadores á Atahualpa: "que nació y se crió en los confines de Cajamarca y que oyó contar dicha historia muchas veces, á su padre *Alonso de Valera*, uno de los conquistadores" (2).

De aquí resulta de un modo incontestable que Alonso y

no Luis fué el padre de Valera; que nació en los confines de Cajamarca y no en San José de Chachapoyas, como pretende Torres. Lo mismo podemos decir de la fecha del nacimiento, que él fija en 1551, por cuanto los conquistadores no tardaron 18 años en tener relaciones con las indias de la corte del Inca. Por otra parte, Oliva nos dice que Valera estudió latín en Trujillo y que entonces *leyó atentamente* una relación de Valverde sobre la prisión de Atahuallpa (3), y no se concibe esa atenta lectura *varias veces* por un muchacho de 14 á 16 años; y como hay que suponer que debió pasar algún tiempo hasta que se trasladó á Lima é ingresó en la Compañía, en noviembre de 1568, no es posible creer que tuviera en esta fecha los 17 años que le atribuye Saldamando, de lo que únicamente deduce su nacimiento en 1551: debió pues nacer, por lo menos, diez años antes.

Podría argüirse que los novicios generalmente ingresaban en la Compañía á los 16 ó 17 años; pero hay infinitas excepciones, y sobre todo en el caso presente, en que los jesuítas acabados de llegar al país en número de seis, trataban de reclutar por todos los medios posibles nuevos colaboradores, sin detenerse en obstáculos de edad ó legitimidad de los postulantes. Así sabemos por Oliva y Barrasa que en el mismo año que Valera (1568), ingresaron hombres de edad madura, como el fiscal de la Audiencia de Lima, Pedro Messía, el escribano Gutiérrez y los canónigos Sánchez, Toscano, etc.

La misma conclusión se desprende, si aceptamos la fecha que Torres dá para su nacimiento, al confrontarla con la de su muerte, pues resultaría que solo vivió unos cuarenta y siete años y que las tres obras de que vamos á ocuparnos fueron escritas en su primera juventud, cosa inconcebible en trabajos de índole histórica, fruto ordinario de la edad madura, y además, porque consta que desde el año 1571 fué el P. Valera enviado al Cuzco, donde pasó varios años catequizando á los indios, como conocedor del quechua, y poco tiempo le sobraría entonces para escribir historias.

Resultado de lo que precede y de nuestras investigaciones en las obras de Garcilaso y Oliva, es lo siguiente:

Alonso de Valera, uno de los compañeros de Pizarro, que

asistió al drama de Cajamarca, tuvo en su distrito relaciones con una india de la corte del Inca, quien dió á luz á nuestro biografiado y probablemente á otros hijos, como acaso el después franciscano Francisco de Valera. Importa fijar la fecha del nacimiento, y no constando precisamente, como antes se ha visto, por las razones aducidas, creo con fundamento que debe oscilar entre 1538 y 40, siendo inaceptable la de 1551 que indica Torres. Vivió en Cajamarca y Trujillo hasta pasados los 20 años y en esta última ciudad hizo sus estudios de latín (4). Trasladóse después á Lima, donde en 1568 ingresó en la Compañía, pocos meses después de su instalación de ésta en la capital. En 1571 fué enviado al Cuzco en calidad de catequista con los fundadores del nuevo colegio, P. Bárcena y otros (5), ignorándose el número de años que allí residió, aunque sospechamos que fueron más de diez, hasta que en 1582 pasó á Juli, por haber una vacante en esta Residencia. Por un pasaje de sus escritos, citado por Garcilaso (6), se sabe estuvo en Copacavana y probablemente en La Paz y otros lugares de la región del Titicaca. Tanto aquí como en el Cuzco es segurísimo que reunió Valera sus materiales y redactó sus obras. Se sabe que en años posteriores recorrió el Norte del Perú y estuvo en Quito. No hay detalles posteriores de su vida; natural es que regresara á Lima para embarcarse para Cádiz hacia el año 1591, pues Garcilaso nos dice que fué á España más de 30 años después que él, quien, como es sabido, zarpó del Perú en enero de 1560. Esta fecha se verá confirmada más adelante, cuando tratemos de una de las obras anónimas de Valera.

El citado autor nos informa también que Valera se hallaba en Cádiz en 1596, cuando ocurrió el famoso saqueo de la ciudad por los ingleses, á que él atribuye la pérdida parcial de los manuscritos del jesuíta, quien murió, según dice él, *poco después*. Hay que suponer forzosamente que ese después se refiere, más ó menos, al año 1598, pues en 1600 él mismo declara haber recibido sus *destrozados papeles* de mano del Padre Maldonado. Según esto, es de presumir que el Padre Blas Valera vivió unos 70 años. He aquí todo lo que sabemos, poco más ó menos, de nuestro infortunado compatriota y primer historiador del Perú. Cuanto aquí decimos no tiene la pretensión de ser una biografía, ni cosa parecida:

son simples datos para comprender mejor cuanto vamos á decir acerca de las obras de Valera, y acerca de los autores que se han apropiado el fruto de sus lucubraciones.

II

LAS OBRAS DE VALERA Y SUS PLAGIARIOS

GARCILASO

Según aparece por las repetidas declaraciones del Inca Garcilaso y del Padre Anello Oliva, las obras conocidas de Valera son: 1.^o *Historia del Perú*, en latín, que Garcilaso dice poseyó *destrozada y hecha pedazos*; 2.^o *Vocabulario histórico del Perú*, hasta la letra H, que consultó Oliva, y que trajo de Cádiz y depositó en el Colegio de La Paz en 1604 el procurador de la Orden, Padre Diego Torres; 3.^o *De los indios del Perú, sus costumbres y pacificación* según León Pínelo y Nicolás Antonio. Como probaremos en seguida, formaba parte de esta última obra el fragmento publicado, sin sospecharlo, por el señor Jiménez de la Espada con el título de *Relación anónima* en su volumen *Tres relaciones de antigüedades peruanas*, Madrid 1879.

Entre las numerosas veces que menciona la primera el Inca Garcilaso en sus *Comentarios Reales*, dice textualmente lo siguiente, en la pag. 7 (edición Barcia): "Se me ofrece la autoridad de otro insigne varón religioso de la Santa Compañía de Jesús llamado el P. Blas Valera, que escribía la historia de aquel imperio en elegantísimo latín y pudiera escribirla en muchas leguas, porque tuvo dón de ellas; mas por la desdicha de aquella mi tierra que no mereció que su república quedara escrita de tal mano, se perdieron sus papeles en la ruína y saco de Cáliz (Cádiz) que los ingleses hicieron año de 1596, y él murió *poco después*. Yo hube del *saco* las reliquias que de sus papeles quedaron, para mayor dolor y lástima de los que se perdieron (!), que se sacan por los que se hallaron; quedaron *tan destrozados* que falta *lo más* y

mejor. Hízome merced de ellos el P. Maldonado de Saavedra, natural de Sevilla, de la misma religión, que en este año de 1600 lee Escritura en esta ciudad de Córdoba.”

Las diversas generaciones que se han sucedido desde 1609 en que el inca dió á la estampa su obra, no se han tomado la pena de someter á una crítica imparcial las palabras que acabamos de copiar y otras semejantes en que repite la famosa fábula de los papeles rotos de Valera durante el saqueo de Cádiz, sin reflexionar que todo se reduce á mera estratagema de un autor que trata así de apropiarse el trabajo de otro. Vamos á probarlo.

Existen felizmente documentos ingleses y españoles que nos han conservado pormenores acerca del saqueo de Cádiz en 1596 por la expedición inglesa del conde de Essex; su mismo médico, Marbeck, relató todos los detalles de la expedición en la relación de él que se conserva en la colección de de *Viajes* de Hackluyt (t^o 1^o pág. 607) y consta de documentos españoles, que pueden leerse en el tomo 36 de la Colección de Documentos inéditos para la Historia de España etc. (7). De ambas fuentes resulta: que los ingleses llegaron á Cádiz el 30 de junio y que allí permanecieron solo 15 días. El saqueo podríamos llamarlo metódico y pacífico si nos es permitida la expresión, puesto que, gracias á la enérgica intervención del canónigo Quesada, los ingleses permitieron que se pusieran á salvo los habitantes de la ciudad, especialmente las mujeres, y aún cedieron dos buques para trasportar los enfermos y las monjas. Consta por los documentos españoles citados, que el éxodo comenzó el 1^o de julio y el primer convoy lo componían las mujeres y los *jesuítas* (sic).

Omitimos otros detalles que no son del caso, pero á todo el mundo ocurrirá que habiéndose usado de gran consideración con los jesuítas, particularmente para facilitar su salida, era de suponer que habrían podido llevarse sus papeles personales; y así fué en efecto, porque consta por las estipulaciones que se hicieron “que cada uno podía llevar dos vestidos y *sus papeles y escrituras*” (8). Estamos pues seguros de que el P. Valera, lo mismo que los demás, salvó

todos sus manuscritos históricos, y el Inca recibió *completa*, y no hecha pedazos, la principal de sus tres obras.

Si los manuscritos hubieran quedado en el convento, se los habrían llevado íntegros los saqueadores; pero no hubieran dejado pedazos que permiten copiar á Garcilaso gran número de páginas.

Estas páginas son tantas, que hemos tenido la paciencia de contarlas, examinando de principio á fin la obra del inca, y suman 36 columnas, sin contar las veces que se aprovecha de él sin nombrarlo. Hay cita que tiene 9 columnas seguidas, y siempre repitiendo la muletilla de..... "esto encontré en los papeles rotos del P. Valera."

Por mucha que sea la simpatía que nos inspira nuestro compatriota Garcilaso, el amor á la verdad histórica nos obliga á confesar que esto de los papeles rotos es una leyenda inventada por el astuto inca, cuya historia puede llamarse más bien obra del P. Valera que suya.

El manuscrito, ciertamente, no se perdió en Cádiz; él lo disfrutó íntegro, gracias á la generosidad del P. Maldonado. Tan no se destruyeron las obras, que el P. Torres llevó poco después de Cádiz al Perú la segunda obra, el *vocabulario*, y la 3ª se ha conservado en la *relación* llamada anónima por Espada: ó todas se salvaron ó todas se perdieron, y no hay razón para que sólo la que llegó á manos de Garcilaso estuviera hecha pedazos.

El mismo confiesa en diversas ocasiones, incidentalmente, que el P. Valera había escrito *largamente* acerca de tal ó cual punto, lo que prueba que tenía á la vista el original, que no cita. En un lugar cita unas cuantas palabras del jesuíta relativas al inca Cápac Raimi en armonía con lo que dice Montesinos, y parecido al pasaje de Valera que reproduce Oliva, y de que después trataremos. Esto demuestra que Valera había expuesto extensamente en su historia la larga serie de reyes peruanos, que Garcilaso no admite y por eso la suprime, limitándose á citar unas líneas.

Para nosotros, no hay pues la menor duda de que la obra de Valera es el núcleo de la de Garcilaso, lo que, aunque disminuye el mérito del inca, le presta nueva autoridad, por contener los trabajos concienzudos del primer peruano que

escribió la historia de su patria con pleno conocimiento de la lengua indígena, de las relaciones de los quipocamayos, y teniendo á la vista relaciones históricas, que han desaparecido, como las suyas.

Torres Saldamando cree posible que hubiera quedado copia de la obra de Valera en Lima, porque dice que la cita el P. Sandoval en su libro sobre los *Etíopes*, edición de Madrid 1646. Hemos consultado la edición original (Sevilla 1627) y no hemos podido encontrar semejante pasaje; y si existiera nada probaría, pues Sandoval vivió poco en Lima, escribió en Cartagena y debió referirse á lo que dice Garcilaso en su libro, ya impreso en Lisboa desde 1609 (9).

No podía ser de otro modo lo ocurrido, cuando es sabido que Garcilaso había pasado cuarenta años en España militando contra los moriscos, traduciendo á León Hebreo ó escribiendo la historia de la Florida, sin acordarse que era inca y que antes que todo debía pensar en escribir la historia de sus antepasados; pero esperó que sonara el año 1600 cuando, por rara coincidencia, el P. Maldonado le regala los destrozados papeles del P. Valera, y acto continuo se lanza á narrarnos la historia de los incas en los *Comentarios reales* (1600-1604). El anciano de 60 años narra con pulso seguro é infinitos detalles, no sólo lo que vió y oyó en la infancia, sino lo que pasaba mucho antes de la conquista del Perú: empresa muy fácil cuando se copia ó se arregla la obra de otro que había examinado atentamente los sucesos en el país, rodeándose de todos los documentos indispensables; pero no se concibe en un sexagenario que evoca al cabo de los años mil los vagos recuerdos de la niñez. En tales momentos Garcilaso ya no podía acordarse de nada que pudiera escribirse con el nombre de historia; todo lo bebió en la fuente abundante del P. Valera y de los cronistas que cita.

No se crea por esto que despreciamos la obra de Garcilaso y la tratamos de novela, como aquel señor de tantas campanillas académicas, que seguramente no la ha leído; muy al contrario, merece *doble* estima para nosotros, desde el momento que tras del inca vemos la sombra del sabio jesuíta y escrupuloso historiador. El que Garcilaso sea un

perfecto plagiarlo no le dá á su obra carácter novelesco, pues el que copia historia no puede dejar sino historia, y ésta es tanto más respetable cuanto mayor es la autoridad del escritor primitivo á quien se copia.

Para mayores detalles en defensa de lo que se ha dicho en España de los *Comentarios reales* de Garcilaso, remitimos al excelente estudio que con ese mismo título ha publicado D. José de la Riva Agüero en el N.º 4.º de esta Revista, en el que, con ocasión de la defensa del inca, nos ha trazado un hermoso cuadro de la historia primitiva del Perú y de sus fuentes, aunque algunas de sus conclusiones no sean aceptables á nuestro humilde entender. De todos modos, me permito enviar al autor, á quien conozco por primera vez, mi más sincera felicitación desde mi rincón parisiense, deseando que desarrolle plenamente los diferentes puntos que toca en su trabajo, y que en gran parte coinciden con mis añejos estudios de peruanista jubilado (10).

III

EL VOCABULARIO HISTÓRICO DEL P. VALERA Y MONTESINOS

Con lo que precede creemos haber suficientemente demostrado que la Historia del Perú escrita en latín por Valera no se ha perdido y se conserva en castellano, en gran parte, en los llamados *Comentarios reales* de Garcilaso. Tócanos ahora tratar de su segunda obra, que fué el *Vocabulario histórico* que el licenciado Fernando de Montesinos ha copiado, extractado y modificado sin citarla.

El P. Oliva, en la introducción ya publicada en Lima de su obra, pág. 70, hablando de los reyes que hubo en el Perú aparte los incas, dice lo siguiente: "en un vocabulario antiguo, *de mano del P. Blas Valera*, que trajo consigo el P. Diego de Torres Vásquez de Cádiz, cuando vino al Perú, muy inteligente de la lengua quichua (Valera) y gran escudriñador de las antigüedades del Perú y de sus incas y que como *tesoro escondido* teníamos guardado en la librería del

colegio de Chuquiabo (La Paz), y por buena dicha *hube á mis manos*, hallo estas razones", etc.

De aquí se desprende que el P. Valera escribió un vocabulario histórico, que no se perdió en Cádiz, puesto que de allí lo sacó el P. Procurador Torres cuando regresó al Perú en 1604. La aseveración rotunda de Oliva, en este y otros pasajes de su libro, no deja lugar á duda de que fué el P. Valera y no otro el autor del vocabulario, por lo que no acertamos á adivinar con qué fundamento lo niegan los señores Patrón y Riva Agüero, en sus artículos publicados en esta Revista. Acaso será porque el italiano Oliva, no muy fuerte en castellano, escribe en la página 110: "el autor del vocabulario de mano que tengo citado en otros lugares dice lo que sigue," y aquí copia un pasaje sobre Tito Atau-chi, y al terminarlo agrega: *hasta aquí el autor incierto*, lo que evidentemente es una *errata* del autor, del copista ó editor de la obra de Oliva, pues él se refiere al pasaje *inserto* y no al autor *incierto*, á quien llama rotundamente Valera en las págs, 70, 78, 107, 110. etc. Sólo esta mera errata ha debido ser la causa de que los citados escritores duden de la autenticidad del libro, de cuya existencia no tenemos conocimiento sino por las repetidas referencias de Oliva, que lo consideraba como *tesoro escondido* de la biblioteca jesuítica de La Paz ó Chuquiabo (11).

Este vocabulario debió ser una especie de memento ó libro de consulta que Valera confeccionó para acordarse más fácilmente de los puntos principales que había tratado en la historia que sirvió á Garcilaso. Desgraciadamente, el manuscrito no llegaba sino hasta la letra *H*, según dice Oliva que lo consultó; pero las materias tratadas las iba desarrollando con mucha extensión, como lo revelan los fragmentos citados por Oliva, en que hace referencia á muchos de los soberanos mencionados por Montesinos y que no parecían deber entrar en el orden alfabético de la parte conservada de la obra, como *Raymi* y *Lluqui Yupanqui*, *Pachacútec*, etc. Esto nos hace suponer que la obra era bastante voluminosa, aunque quedó incompleta.

Por los extractos que hace Oliva de esta obra de Valera se vé claramente que su plan estaba fundado en una larga

serie de casi cien soberanos, que reinaron en *diversas épocas* y regiones del Perú, y de ellos menciona en esos pasajes al 39° 45° y 95°, enumeración que con muy pequeñas variantes es la misma que leemos en la serie de reyes mencionados por Montesinos, que éste no pudo haber inventado y no hizo más que copiar mal del manuscrito de La Paz, sin citar una sola vez á su autor, aprovechándose de sus datos gracias á la amistad que sabemos le dispensaban los jesuítas.

En la página 2 de la edición de Espada dice Montesinos: que copia de un manuscrito escrito bajo la inspiración del Obispo Luís López, cosa que parece extraña, pues sabemos que ese prelado se ocupó sólo de la historia del reino de Quito, como lo testifica el P. Juan de Velasco en la historia que lleva el mismo título, en que declara haberse servido principalmente de la misma fuente. Aquí vemos una prueba más para nosotros que el licenciado de Osuna, para disfrazar sus plagios y no confesar la verdadera fuente de donde sacó la arga serie de soberanos, alega el tan conocido nombre de López para ocultar el de Valera. Ocorre preguntar ¿cómo habiendo comprado Montesinos en Lima hacia 1637, el manuscrito de López, que llevó á España para componer su libro, lo pudo disfrutar á fines del siglo XVIII el jesuíta Velasco, que escribió en Quito y concluyó su obra en Italia? Misterios y tretas de los que se dedican á hurtos literarios: el uno escribe un libro en folio con papeles hechos pedazos y el otro ha consultado para el suyo los manuscritos del Obispo de Quito, cuando sin comprarlos tenía más á mano los de Valera. Muy triste experiencia tenemos en materia de piraterías literarias, de que hemos sido víctima en tiempos pasados y presentes, que debemos callar, y por eso mismo nos es más grato devolver á Valera la gloria que á él sólo pertenece y que hasta hoy se le había defraudado.

Nos hallamos en el mismo caso que en el plagio de Garcilaso. Muchos han atacado á Montesinos como á aquél, tratándolos de falsarios y novelistas, sin pensar en que no eran otra cosa sino meros copistas, con la diferencia que el primero cita con frecuencia al autor que copia y el otro nó.

Los aficionados á estudiar la historia antigua del Perú lo han hecho hasta ahora á la ligera, y de igual modo, por

no meditar bastante la materia, han lanzado el calificativo de falsario al ver que Montesinos es el único autor conocido hasta ahora que hace remontar la historia del país á una remota antigüedad y menciona una larguísima serie de soberanos, desmintiendo así la rutina de los *doce* incas oficiales del *Cuzco*.

Los que así han razonado ignoraban que al dar este bofetón al hijo de Osuna caería en plena cara del benemérito P. Blas Valera, y ante semejante figura hay que decir ¡alto el fuego! y estudiemos de nuevo este problema.

El inventor de la teoría es Valera, quien, como dice Garcilaso, escribía su historia del Perú dividiéndola según los *tiempos y edades* y designando el sol en que había reinado cada soberano, como se vé en el pasaje conservado en la obra de Oliva. Semejantes cosas no se *inventan*, sólo se transcriben por el que conociendo la lengua, relata lo que le han referido los antiguos quipocamayos, y el P. Valera era más que competente para hacerlo y muy circunspecto para no inventar leyendas. El Ldo. Montesinos, que solo llegó al Perú en 1628, carecía de las facultades que adornaban al jesuíta, que consagró largos años á sus investigaciones históricas, en tanto que aquél, más se ocupó de minería y de comercio en sus interminables viajes, que en interrogar á los indios en su lengua. Sin querer aquí trazar la biografía del autor del *Ofir*, declaramos que tenemos muy pobre idea de él, personalmente considerado, y lo creemos uno de los mil clérigos aventureros que pasaban á América, más á hacer fortuna que á escribir la historia de los indios; por lo mismo, creemos que no consagró á estas materias sino el tiempo sólo necesario para *copiar* ó extractar la obra de Valera, escrita muchos años antes, como lo acreditan su trabajo sobre los metales, su larga residencia en Potosí y las sesenta veces que cruzó la Cordillera, como hombre de negocios más bien que de bufete.

Sea de ello lo que fuere, es evidente á todo el que lea las *Memorias historiales* de Montesinos en las ediciones de Ternaux Compans y Jiménez de la Espada, que con pequeñas variantes reproducen la larga serie de soberanos de Valera,

que conocemos por el extracto de Oliva, que tuvo á la vista el manuscrito original del Vocabulario.

En efecto, el orden es el mismo, y si Valera llama *trigésimo nono* y Montesinos *trigésimo octavo* á Cápac Raimi Amauta, el personaje es el mismo y puede depender esto de un error de copia. Lo mismo sucede con el cuadragésimo quinto, que es en el otro autor 44º y sucede lo propio con el 64º y 95º de Valera, que respectivamente son equivalentes de Montesinos.

El extracto de Valera no nombra otros más; pero el P. Oliva se refiere á ellos al copiarlo y dice que Valera menciona otros más, lo que prueba indudablemente que la serie era la misma *mutatis mutandis*. La misma identidad hay en ambos autores acerca del cómputo de los *ciclos*, llamados soles por los indios, y además de esto sabemos por el capítulo de Valera copiado por Garcilaso en la pág. 42, que este autor en su Historia del Perú decía que los indios contaban por soles, en lo que de paso tenemos una prueba más de que el Vocabulario y la Historia del Perú son del mismo autor.

No será demás recordar que muchas de estas variantes de orden y de ortografía de los nombres propios desaparecerán el día que se consulte el manuscrito original de Montesinos, que se halla en la biblioteca provincial de Sevilla; pues todas las ediciones hechas en España y América, inclusive la de Espada, se han servido de la copia, *muy alterada*, que remitió al historiador Muñoz á fines del siglo XVIII fray Joseph de San Antonio Abad, prior del convento de los mercenarios de Sevilla.

Por lo dicho se vé: que no hemos aventurado nada al afirmar rotundamente no sólo que la teoría cronológica de los soles y la serie de 96 reyes es propia y exclusiva de Valera, y que ha sido copiada únicamente por Montesinos, y no acertamos á comprender en qué puedan fundarse el señor Patrón al decir en su artículo que *indebidamente* se le atribuye, y el señor Riva-Agüero que dice ya ha probado, no sabemos dónde, que el vocabulario no es de Valera.

No ha llegado á nuestra noticia que se haya tratado de este punto en ningún otro escrito, á excepción de la obra del P. Oliva, quien rotundamente le dá su nombre y dice haber

consultado el manuscrito, que como *tesoro escondido* se guardaba en la biblioteca jesuítica de La Paz, Ante esta afirmación no cabe réplica, y se deduce de ella la segunda: que Montesinos también consultó ese *tesoro escondido*, sea en La Paz ó en Lima, donde lo llevaría acaso el P. Oliva, su contemporáneo, y probablemente amigo, pues recordamos haber leído que el Licenciado, no solamente era íntimo de los jesuítas, sino que hasta trató de ingresar en el Noviciado de la Orden. Así se comprende que los hijos de San Ignacio abrieran sus tesoros al clérigo minero y andariego, que tan pronto vemos en Lima como en Potosí, atravesando sesenta veces la cordillera, según sus propias palabras, cosa que no sabemos hicieran sino los famosos chasquis.

III.

LA OBRA DE VALERA SOBRE LOS INDIOS DEL PERÚ PUBLICADA COMO ANÓNIMA POR JIMÉNEZ DE LA ESPADA

Después de haber demostrado lo que queda, en parte, de las obras de Valera en las de sus plagiarios, tócanos ahora demostrar que el fragmento de otra que al cabo de tres siglos se ha publicado con el nombre *Relación anónima* en 1879, como una de las *Tres relaciones de antigüedades peruanas* editadas por el Sr. Jiménez de la Espada, es ni más ni menos el tratado que desde 1629 anunciaba como obra de Valera el conocido bibliógrafo Antonio de León Pinelo, en la primera edición del *Epítome de la Biblioteca oriental y occidental*, título 17, á saber: P. Blas Valera. *De los indios del Perú; sus costumbres y pacificación*, M. S.: dicen que se perdió cuando los ingleses tomaron á Cádiz. (sic, pág. 105) Lo mismo repite Nicolás Antonio tomado del mismo autor.

Consta por este autorizado testimonio, que 30 años apenas después de la muerte de Valera, se sabía que él había dejado entre sus obras el libro cuyo título se acaba de leer; pero como ya se conocían los comentarios de Garcilaso, en los que se repite hasta la saciedad que los libros del jesuíta fueron destruídos en el saqueo de Cádiz, León Pinelo

deduce también que este último tratado debió correr la misma suerte, aunque ya han visto los lectores de este artículo que sucedió lo contrario, y que *todos* los manuscritos se salvaron. Solo resta demostrar que la relación de un jesuíta llamada anónima por Jiménez de la Espada, es la misma cuyo título nos ha conservado León Pinelo.

El manuscrito, hoy en la Biblioteca Nacional de Madrid, proviene de la colección del Sr. N. Bohl de Faber, consul alemán en Cádiz, muerto allí en 1836, y padre de la novelista conocida bajo el seudónimo de Fernán Caballero.

Es muy probable que dicho literato comprase el manuscrito en dicha ciudad ó en otra de las ciudades andaluzas donde residió muchos años.

No es esta la principal razón en que nos apoyamos para atribuir el manuscrito á Valera. Nos fundamos sobretodo en el examen de su contexto, donde encontramos las mismas opiniones originales ya enunciadas en Oliva y Montesinos, y que no pueden confundirse con las de ningún otro autor. Vemos allí muestras de la serie de reyes de que acabamos de hablar, de Raimi 39º rey, de Pachacútec, *noveno* de este nombre, y otras cosas por el estilo, como el nombre de *Pirua é Illa Tecce Viracocha, Pacari Manco*, etc., que leemos también en la obra de su plagiario Montesinos, y no *otra alguna* en esta forma (12).

Aunque el manuscrito publicado es evidentemente incompleto, pues sólo contiene la segunda parte, como se vé desde la primera línea que sin preámbulo comienza: "Creyeron y dijeron que el mundo" etc. donde se supone que ya habló de los indios en general. A nuestro juicio esa es la parte que se ha perdido, aunque el texto es completo luego hasta el fin.

No obstante, en esta segunda parte que se ha conservado hay pruebas incontestables de la autenticidad de la obra de Valera, aparte de lo que acabamos de decir.

Ya sabemos por propia declaración del autor hacia el fin del tratado, que se declara jesuíta, y dice que hacía doce años "nuestra compañía no ha vuelto á hacer misiones en Chachapoyas"; y sabemos por el P. Oliva que esas misiones se verificaron en agosto de 1578, lo que equivale á decir que el autor escribía hacia 1591, año precisamente en que se trasla-

dó á Cádiz el P. Valera, donde parece concluyó de escribir su obra, pues hace alusión á ello hablando de los estragos que ya había hecho el protestantismo en Enropa (13).

Entre los muchos pasajes que podemos citar á este intento hay uno, pag. 142 á 44, de fuerza incontestable, que puede reemplazarlos á todos los demás, y es el relativo á los sacrificios humanos entre los incas, que Valera niega rotundamente en oposición con Polo de Ondegardo, á quien trata de desmentir siempre. Abramos los *Comentarios Reales*, página 47, y leeremos unas palabras de Valera sobre esta materia, que concluyen así: "como falsamente afirmaron Polo y los que le siguieron". Si miramos ahora la pag. 143 de la *Relación Anónima*, en que habla de Polo sobre la materia agrega, "más como era juez y docto escribió el primero sobre ello, hanse dejado de él otros doctos, que sin examinar cosa de las que escribió, las trasladaron en sus libros".

El autor de la Relación anónima revela en todas partes ser peruano; defiende constantemente á los indios con el calor del compatriota; censura los abusos y libertinaje de los españoles, y habla como uno de los primeros misioneros que en el Cuzco reformaron las costumbres é instruyeron á los indígenas: y sabemos que el P. Valera fué uno de los primeros misioneros jesuítas que se establecieron en esa ciudad con el P. Bárcena y otros, para fundar el colegio de la Compañía (1571).

La lista de los autores que cita son casi todos peruanos y todos anteriores á 1600. Cita el vocabulario quechua impreso en Lima en 1586, y no cita nunca el de su colega P. González Holguín, impreso en 1608, ni al P. Arriaga; pero cita las anotaciones sobre la lengua que escribió su compañero en el Cuzco P. Juan de Montoya, así como otros que sólo Valera conoció, cuyas obras desgraciadamente se han perdido y cuya curiosa lista hemos formado y la reproducimos á continuación.

En ella se vé que el autor cita como autoridades no sólo obras manuscritas sino relaciones de los quipocamayos de todas las provincias del Perú, cosa que solo pudo hacer un Blas Valera.

Entre ellas menciona una extensa dada por Titu Atau-

chi á su *deudo y amigo Luis Valera*, quien, sino era padre de nuestro jesuíta, como cree Torres Saldamando, era su tío y nos ofrece aquí una prueba indudable de que el autor era un Valera que se sirve de los papeles de su familia, como se confirma, paralelo de Oliva, en que Valera p. 110—14 cita la misma relación dada por Atauchi á sus amigos Chávez y Luis Valera.

Lista de las obras citadas por el P. Valera en la *Relación Anónima*:

Polo (de Ondegardo): *Averiguación*, 1553; *Relaciones*; *De ritibus indorum*.

Juan de Oliva: *Anales* (testigo y primer conquistador).

Fr. Melchor Hernández, de la Merced: *Anotaciones de la lengua*; *Interpretación y exposición de la oración del Inga*.

Lic. Falcón: *Apologia pro indis*, contra Polo y León.

Fr. Mateo de los Angeles, franciscano, (muerto como un santo en Cajamarca): *De ritibus indorum*.

Don Juan Collque, señor de los quillacas, en sus quipos y memoriales; "todos los quipos del Cuzco, Chíncha, Con-tisuyo y Coyasuyo, Tarama, Quito, Pachacama, Sacsahua-na, etc. y otros de que se ha sacado esto". Quipos de Titu-Inga y Juan Huallpa, del Cuzco y Pacari-Tampu, antiguos.

Don Luis Inga: *Relación y advertencias en quechua*.

Fr. Domingo de Santo Tomás.

Fray Jerónimo Román: *Repúblicas del Mundo*.

Don Sebastián Nina Vilca, señor de Guarochirí.

Diego Roca Inga.

Fray Marcos Jofré, franciscano, provincial en el Perú: *Itinerario*, en latín, 2 vols.

Francisco Chávez, gran amigo de Titu-Atauchi, relación extensa *que dió á su amigo y deudo D. Luis Valera*, pág. 143.

Ldo. Álvarez, vecino de Huánuco y encomendero, en su libro *De titulis regni peruani*.

P. Montoya: *Anotaciones sobre la lengua*; *Vocabulario de la lengua*, Lima 1586.

Este es un resumen de las notas.

Debo hacer notar aquí, que al atribuir el señor Jiménez de la Espada la citada relación á un jesuíta del siglo XVII, por hablarse en ella de la fundación del *Cercado* en Lima, para los indios, no comprendió que se trataba de la fundación del pueblo de este nombre, que se verificó en 1570 y no del Colegio de Caciques que allí se estableció en 1617, lo que viene á confirmar que el manuscrito es de Valera, quien á la sazón se encontraba en Lima y ya pertenecía á la Compañía de Jesús.

Creemos haber demostrado con todo lo que antecede los puntos principales que nos habíamos propuesto estudiar en el presente estudio.

Valía la pena comunicar á mis paisanos, después de tan largo silencio, mis meditaciones acerca de un punto de gran trascendencia para apreciar debidamente los sucesos de nuestra historia primitiva, y los que se refieren al primer escritor criollo que la estudió en mejores condiciones que ninguno de los cronistas españoles.

De hoy en adelante sabremos que la teoría de la gran antigüedad de la civilización peruana, confirmada hoy por la arqueología, no reposa ya sobre la frágil autoridad del plagiario Montesinos, sino sobre la autorizada palabra de su verdadero autor, que había bebido en la fuente misma, el sabio mestizo Blas Valera.

Garcilaso ha suprimido de su obra todo lo que se oponía á la rutinaria opinión de los doce incas, copiando todo lo demás; en cambio, Montesinos, no ha hecho sino compendiar y aún adulterar el manuscrito de Valera, pero el fondo de su pensamiento se trasluce á través de los plagios y mutilaciones y se completa con la relación, que desde hoy deja de ser anónima, sobre los indios y sus costumbres.

Hoy poseemos al fin, no todos, pero al menos mucho de los elementos para comparar lo que dice Valera con los asertos de los cronistas que escribieron de prisa y sin conocer la lengua y tradiciones de los indios como los criollos; y de esta, manera comparándolas con los resultados obtenidos por los estudios arqueológicos recientes, formaremos el concep-

to cabal de la historia peruana en épocas remotas y apenas estudiadas críticamente.

Para obtener este resultado no debemos omitir esfuerzo alguno á fin de descubrir el paradero de los manuscritos originales de Valera, que no creemos imposible encontrar en España, el Perú y Bolivia, si se ofrece alguna recompensa al que los halle.

No pretendemos que Valera sea infalible, pero sí que estuvo en mucho mejores condiciones que los demás cronistas para descubrir la verdad, á cuya investigación consagró él casi treinta años, mientras los demás aunque ignoraban la lengua, improvisan sus relatos en uno ó dos, inclusive el célebre Cieza de León.

Pronto someteremos á los peruanistas un estudio que preparamos acerca de la interpretación del menolito de Tiahuanaco, en el que se verán confirmadas en globo las teorías históricas de Valera, aunque muy desfiguradas por Montesinos.

París, 10 de junio de 1907.

M. GONZÁLEZ DE LA ROSA.

NOTAS

(1). El manuscrito de Oliva que poseí era autógrafo y completo, constaba de dos gruesos volúmenes en 4^o, del año de 1631, con todas las aprobaciones originales, índices, etc. El 1^o lo compré en esta ciudad al librero Wieweg, el editor de V. F. López por la suma de 500 francos, y provenía de la venta de los libros de Mr. H. Ternaux, con sus armas é iniciales doradas en la pasta. El 2^o en pergamino, lo compré en Lima, en la almoneda de la casa del señor José Barrón por 40 soles plata, durante la guerra. Sospecho que la obra habrá ido á parar á la Biblioteca Nacional, con los demás libros y papeles que dejé en casa de mi familia al salir precipitadamente de Lima en 1882. Sólo en 1900 supe casualmente que ese establecimiento había comprado esos libros á la Librería Francesa. La edición hecha en Lima en 1896 comprende sólo la introducción de Oliva y adolece de defectos; pero es la que cito una vez que he perdido mi manuscrito. La copia del Museo Británico, como todas las demás, es muy incompleta y parece más bien un borrador.

(2). V. Garcilaso *Hist. del Perú*. (2^a P. de los Com.) p. 34. Ed. de Barcia

(3). A. Oliva *Var. Ilust.* p. 98 "..... en especial del P. Blas de Valera, que certificó en sus escritos la había visto y leído *algunas veces* originalmente en un papel del propio P. Fray Vicente de Valverde, estudiando latín cuando muchacho en la ciudad de Truxillo".

(4). V. la nota anterior de Oliva, p. 98.

(5). Torres Saldamando. *Ant. jesuitas*, p. 20.

(6). *Coment.* p. 104, col. 2.

(7). V. además Tornerón *Hist. de Felipe II*, ed. de Barcelona 1884, y los documentos que cita sobre el saqueo. — *Empóreo del orbe, Cádiz ilustrada* por Fr. Jerónimo de la Concepción, carmelita originario de Cádiz.—gr. vol. fol. Amsterdam 1690. Trata extensamente la materia aunque con acrimonia; pero confiesa lo de los papeles, p. 424 y siguientes.

(8). *Empóreo*, etc. p. 424.

(9) He aquí las citas de la edición Barcia, en folio, á 2 columnas: pág. 7 columna y media; pág. 13 una columna; pág. 67 cuatro columnas (poesía); pág. 104 un cuarto de columna; pag. 143 á 51 *nueve* columnas (leyes de los incas); pág. 170 una columna; pág. 216 á 19 seis columnas; pág. 222 á 26 ocho columnas; pág. 276 una columna; pág. 281 á 85 cuatro columnas; pág. 331 media columna. Las páginas preliminares y finales no tienen citas de Valera, pues no se refieren á los incas sino á generalidades y á historia natural. Hay otras en el tomo segundo.

En algunas partes dice: El P. Valera trata *largamente* de este asunto etc.

(10).—Hé aquí el título del libro del P. Alonso de Sandoval: *Naturaleza sagrada y profana. costumbres y ritos etc., de todos los Etiopes*. Sevilla por Fco. Leyva 1627, 1 vol. grueso, en 4^o. Es curioso y trata de negros de Africa que llevaban á América.

(11).—*Revista Histórica*, t. 1^o p. 515, *Exámen de la Primera parte de los Comentarios Reales*.

(12). — *Rel. An.* pág. 212, dice: ¿que maravilla, pues en Europa vemos reinos enteros apóstatas y en Italia y en España no falta quien haya dejado la fé católica?

(13).—*Rel. An.* págs. 138 y 139; 173 y 178 en que habla de Pachacútec séptimo y noveno de este nombre etc.; pág. 210: en *dos mil años* no se había visto en el reino.

(14).—Oliva en la pág. 107 repite "en el vocabulario de mano que arriba *cité del P. Valera*, erudito en antiguallas del Perú etc.